

LOS NEGROS SUEÑOS

Antonio Losantos Salvador



n] No era lo que se dice un noviazgo, pero desde los tiempos de la escuela se habían encontrado muy a gusto juntos, en la aldea y luego a la ida y a la vuelta del colegio de Lignita. Él asistió un año más que ella, que fue acostumbrándose a salir hasta la fuente del Cardo a esperarlo cada tarde. Un día la felicidad se vino abajo. Pero nadie supo qué hubo y qué no hubo entre los dos, ni cuál fue la causa de su distanciamiento, pues ningún otro mozo la rondaba, y él seguía siendo el joven taciturno y bonancible que a algunos tanto recordaba al abuelo Florián.

Es cierto que al regreso del servicio militar se acercó de nuevo a ella. Sin embargo, en las fiestas del primer año él no se atrevió a pedirle un baile; y en las del segundo ella se lo negó. Sólo

eso no explica la tragedia, pero fue como el trenque que sujeta el agua: si lo levantamos, corre ciega por la acequia.

Resulta muy difícil ordenar los impulsos del corazón humano. Durante los largos meses del servicio ella se había acostumbrado a ver por la aldea a los primeros mineros. Llegaban de Lignita a una mina recién excavada, la Mina Negra. A Encarna le gustaba el trajín de aquellos hombres de acento extraño, pero no había hablado nunca con ninguno, aunque se sabía observada por ellos. Él, como otros mozos en su situación, sentía un hondo desaliento, no sólo porque las mujeres destinadas a ellos miraban a los otros —o eran miradas por los otros: qué importa la disquisición, fuente de tantas peleas—, sino porque, incomprensiblemente, eso de meterse en la tierra a sacarle las entrañas parecía oficio ventajoso frente al de arañar sólo la superficie.

Durante las segundas fiestas, las de la tragedia, Encarna bailó por fin con esos hombres, como hicieron otras jóvenes de la aldea. La primera noche, tras una verbena de acordeones, hubo una pelea difusa, que terminó con las luces del alba. Jacinto no participó ni en la verbena ni en el tumulto posterior. Anduvo por la plaza lo justo para ver las camisas blancas de los mineros y el vuelo de las faldas de las mozas. Un insomnio voraz se apoderó de él: cuando el sol se levantaba sobre el Collado lo sorprendió sentado entre las cepas, apretando el suelo polvoriento con sus manos enamoradas y vacías.

Quizá entonces tomó la determinación, y en verdad que bien aseado, con la ropa compuesta y el caminar firme, nada tenía que envidiar a los sureños que de nuevo reían y gritaban en la improvisada cantina, aguardando a que sonara la música. Jacinto no esperó. En cuanto Encarna apareció por la plaza fue decidido hacia ella. En el alboroto de la tarde, bajo el dulzor del crepúsculo, nadie salvo ella pudo oír lo que Jacinto dijo, pero sí vieron muchos el balbuceo de su boca y advirtieron la mirada perpleja de ella. Le dio la espalda, cruzó la plaza en veinte zancadas —que quizá Encarna confundió con los latidos del corazón— y nadie volvió a verlo, ni en la verbena ni en los días siguientes.

Se hicieron batidas por pinares, parideras y pajares. Se logró localizar a olvidados familiares, emigrados en Valencia y en Cataluña. Intervino la Guardia Civil y hasta llegó a la aldea un periodista de la capital que publicó una nota que parecía un aviso de socorro —como el que propaló la radio—, un aviso que quizá, bien leído, tenía lo suyo de necrológica.

Hasta que lo encontraron, un mes más tarde, y con más motivo después de encontrarlo, Encarna no se movió de casa. Lloró primero los pañuelos de lino de su ajuar incompleto y terminó empapando cualquier trapo, pero no dijo nada, acaso porque cuanto sabía no era sino producto de sus negros sueños.

Pasaron las fiestas y volvieron a la mina los mineros. Cada dos o tres días subía desde Lignita hasta la aldea una pareja de civiles. Registraban la casa de Jacinto, taconeando ostentosa mente frente a la pávida madre, que desmenuzaba restos de comida para las gallinas. Fue ella la que les pidió que no volvieran, y no volvieron.

Una mañana, poco antes de cumplirse el plazo del destino, llegó el cartero de Lignita. Recorrió con parsimonia las cinco calles, para que todo el mundo lo viera. A la madre de Jacinto le temblaban los sarmientos de las manos cuando abrió la misiva que no podría leer. El cartero se ofreció solícito; alegó la sordera de la mujer para que en tres casas a la redonda se enteraran de aquellas palabras inútiles de una prima segunda de Barcelona que sugería que Jacinto se había ido a Francia, donde al final de la guerra se instaló el tío Reinaldo, sindicalista y miliciano.

La carta, por supuesto, no mencionaba a Encarna. Pero todos pensaban en ella, en la tarde de la verbena y en su encierro delator, aunque ni siquiera los civiles habían roto la clausura de la muchacha. Lo que Encarna le hubiera dicho a Jacinto, lo que él hubiera entendido, el silencio como de víspera de tormenta de todo el vecindario, la desgana de las fuerzas del orden, el abandono de cereales y viñedos, la carta barcelonesa, los brazos incansables de los picadores, la misma existencia de la aldea, todo quedó suspendido la mañana en la que el pastor, demudado y de repente envejecido, se presentó en la plaza a decir que lo había encontrado en la partida de los Pinarejos: ahorcado de una rama, irreconocible ya, pasto de los gusanos.

Hubiera debido dibujarse el alivio en los rostros de la gente, pues la muerte es señal de descanso, pero dos hechos avivaron las brasas de la tragedia: uno, que por aquel paraje pasaron todos los rastreadores —lo que alimentó conjeturas sobre la fecha del ahorcamiento, o sobre el ángulo exacto elegido para colgarse, de difícil visión desde el sendero—; el otro, no

ligado a la vanidad sino a la desgracia, que el pastor fuera el hermano de Encarna, para todos de pronto el cuñado del muerto.

El remoto forense alegó ocupaciones urgentes. Tuvo que encargarse de la autopsia el médico de Lignita. Le ayudó el alguacil, mi padre. Depositaron los jirones del cadáver sobre la cansada mesa del depósito, a la entrada del cementerio. Hacía mucho calor y zumbaban los insectos. Mi padre me contó que pasó allí el peor rato de su vida, pero que todo el tiempo pensó que peor aún lo había pasado el muerto, igual de mal antes que después de morir. Años más tarde me confesó que entre él y el doctor habían trasegado un litro de aguardiente durante aquella tarde de septiembre. «Despojos: esto es lo que somos, mírelo bien», me dijo que el médico le decía una y otra vez, una salmodia que no hubiera gustado al cura.

Mosén Pelayo, ahora que lo nombro, se negó a darle al suicida cristiana sepultura. De *La Nueva Luz* —el periódico de la capital, que por entonces nadie leía en la aldea— vino un reportero, pero en vez de un duelo popular se encontró con las calles silenciosas, tan muertas como el muerto. En un rincón del cementerio, el pequeño túmulo sin cruz guardaba también un silencio sepulcral. Así que habló con mosén Pelayo, en Lignita, que ni siquiera nombró a Encarna.

En fin, que me queda Encarna. Sólo falta por contar que se marchó. Dejó la aldea una semana después del entierro de Jacinto. Tres o cuatro días más tarde abandonó Mina Negra uno de aquellos mineros del sur. Eso nadie lo supo en la aldea, ni yo lo sé con certeza. Lo he barruntado más tarde, ahora que ya hemos deshojado tantos calendarios. Mi padre me mandó a estudiar a Teruel, y luego yo quise seguir en Valencia. Por lo menos habían pasado quince años cuando me los encontré. La reconocí a ella, claro. Era igual que entonces, sólo que más morena de tez. Dijo acordarse vagamente de mí. No me presentó a su acompañante, ni a los dos muchachos que iban con ellos, pero la entonación de él rescató de mi infancia aquellas voces de Mina Negra, y oí que al mayor de los muchachos lo llamaban Jacinto.

Teruel, junio de 2006 ■

